

LOS DOLORES DE LA VIRGEN

SEGUNDA MEDITACIÓN

Otro dolor: «*Se despide Jesús de su Madre para ir a la Pasión*»

Siguiendo la reflexión sobre los dolores padecidos por María, ahora vamos a considerar cuando Jesús se despidió de su Madre para ir a la Pasión. Esto lo agregamos nosotros, siguiendo al P. La Palma, luego continuaremos con la enumeración clásica de los siete dolores de la Virgen.

1. *La Virgen María sabía lo que significaba la Pasión de su Hijo*

Es cosa cierta, que la Virgen Santísima no ignoraba la causa del “*por qué*” el Verbo se hizo carne en sus entrañas, la Virgen sabía perfectamente que el Hijo de Dios se había hecho hombre en su seno, para un día redimir al linaje humano por medio de amarguísimos tormentos, con el derramamiento de su sangre y con la muerte en la cruz.

Esto lo sabía en primer lugar, porque la Virgen hacía personalmente todos los días su lectura y meditación de las Sagradas Escrituras, incluso, antes de que su Hijo se encarnase. Y, también, porque, en el pueblo judío, todos los sábados se leían las Escrituras en la sinagoga, como escuchamos en el Evangelio de San Lucas (**Lc 4, 16-17**) que Jesús: «*Llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado y se levantó para leer. Entonces le entregaron el libro del profeta Isaías y, abriendo el libro, encontró el lugar donde estaba escrito.*

Así, la Virgen María, tanto por su lectura personal, como por la lectura que se realizaba los sábados en las sinagogas, ya antes de la Encarnación, **conocía** muy bien los textos de Moisés, de los profetas y de los salmos, que muchas veces hacen referencia al Mesías, a su muerte, y, a su Pasión redentoras.

Son muchos los textos, como ejemplo solo vamos a mencionar dos. Ustedes en sus casas podrán ampliar esta contemplación de la Pasión a partir de esos textos maravillosos, especialmente los llamados «*cánticos del Siervo Sufriente de Yahvé*» del Profeta Isaías.

Bien, uno de esos cánticos dice (**Is 52,13- 53,12**): «*Así como muchos quedaron horrorizados a causa de él, porque estaba tan desfigurado que su aspecto no era el de un hombre y su apariencia no era más la de un ser humano... sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, varón de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada... Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades. El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados... Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca.*

La Virgen María conocía muy bien estos pasajes que 700 años antes había escrito Isaías. Lo mismo el **Salmo 21** (que resumimos):

*«Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?;
a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza...
Pero yo soy un gusano, no un hombre,
vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza
“Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre si tanto lo quiere” ...
Estoy como agua derramada,
Tengo los huesos descoyuntados;
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;
mi garganta está seca como una teja,
la lengua se me pega al paladar;
me aprietas contra el polvo de la muerte...
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.
Ellos me miran triunfantes,
se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica...».*

Así reza este salmo (escrito más o menos 1.000 años antes), salmo profético, que describe hasta los mínimos detalles de la Pasión de Cristo, y que por supuesto, la Virgen María rezaba y conocía perfectamente, como tantos otros textos más...

En segundo lugar, la Virgen sabía perfectamente que el Hijo de Dios se había hecho hombre para redimir a los hombres por medio de su Pasión y su Cruz, por la profecía que le dijo el viejo Simeón cuando presentó a su Hijo en el Templo.

Y, en tercer lugar, la Virgen María conocía hasta los mínimos detalles de la Pasión, por las frecuentes conversaciones que tuvo sobre este punto con su Hijo Jesús. Porque si el Señor avisó y anunció su Pasión a los discípulos, a los apóstoles, se sobre entiende que también y en primer lugar lo hizo con su Madre. En los Evangelios aparece que al menos tres veces habló a los apóstoles de su Pasión (veamos dos textos):

- **Mt 17, 22-23:** *«les dijo Jesús: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; le matarán, y al tercer día resucitará. Y se entristecieron muchos».*
- **Mc 10, 33-34:** *«He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de Él y le escupirán, y le azotarán y le darán muerte». (¡Cuántos detalles!).*

Queridos hermanos, tenemos que contemplar aquellas largas y frecuentes conversaciones que tuvo Jesús con su Madre, mostrándole cómo en las Escrituras estaba anunciado que **convenía y era necesario** que el Mesías padeciese para luego entrar en su gloria, algo que también hizo con sus discípulos después de resucitado, como aparece en el Evangelio de San Lucas (**Lc 24, 26-27**): (Jesús les dijo) *«¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrar así en su gloria? Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras».*

Por esto, queridos hermanos, **no podemos dudar**, de que Jesús muchas veces y muy despacio trataría de estas cosas con su Madre, desahogándose y consolándose con Ella.

Y la Virgen Madre, de su parte:

- iba entendiendo tan profundamente este misterio
- y lo aceptaba con tanta conformidad a la voluntad divina
- y lo ofrecía al Padre con tanta devoción,
- y lo sentía con tanta ternura, hasta que finalmente llegó a tener su corazón tan semejante y tan unido y tan uno con el de su Hijo Jesús, como nadie jamás en este mundo.

Por todo lo dicho, afirma el P. Luis de la Palma: «no se puede dudar que nuestra Señora tenía **muy frecuente** y **casi continua** (es decir, permanente) meditación de la Pasión, porque a este pensamiento la llevaba el **amor** y **dolor**».

El **dolor**, porque ¿cómo no había de tener dolor siempre que pensaba en la Pasión de su Hijo? experimentando en su corazón lo que le había profetizado Simeón: «que a su alma la iba a traspasar un cuchillo». Siempre que veía o consideraba el cuerpo de su Hijo, recordaba los tormentos que debía padecer.

Y, el **amor**, ya que, con la consideración de la Pasión de Jesús, se despertaba en la Virgen una grande admiración y ardentísimo amor.

Porque, como dice San Lucas (**Lc 2, 19**): *«meditando todas estas cosas en su corazón»*, admiraba **la grande caridad de Dios**, que entregaba a su Hijo único para la salvación de los hombres, y no menos grande y encendida era la **caridad para con los hombres**, por los cuales su Hijo Jesús se entregaba a una muerte tan ignominiosa y tan cruel.

Y, así iban naciendo en la Virgen María, aquellas **entrañas de misericordia y de piedad** para con nosotros, miserables pecadores, deseando dedicarse enteramente a colaborar en nuestra salvación.

Queridos hermanos: estas consideraciones tienen que acrecentar en cada uno de nosotros, la virtud de la **esperanza**, es decir, **nuestra confianza en la Virgen María**, que nunca se ha de cansar de defendernos y de ayudarnos, para que nos salvemos, y para que no sea en vano la sangre que su Hijo derramó por nosotros.

2. Llegó el momento de la despedida

Habiendo pasado los años, y sabiendo que ya se acercaba el momento de la Pasión, la Virgen fue a Jerusalén para darle el último saludo a su Hijo, probablemente se habrá alojado en la casa de Lázaro, Marta y María, los amigos de su Hijo Jesús.

Y, lo mismo habrá hecho Jesús, sabiendo que su Madre estaba en Jerusalén fue a su encuentro. Muchas veces Jesús había dicho que todavía: «*no había llegado su hora*», la hora ¿de qué Señor? La hora de la Pasión, la hora de la Cruz.

Por eso, al encontrarse la Virgen y Jesús en Jerusalén, en esos duros momentos, Jesús le dijo a la Virgen: «*Madre ha llegado la hora*». Y la Virgen María entendía perfectamente todo lo que eso significaba. “¡LLEGÓ LA HORA!”, “¡LA HORA DE LA PASIÓN!”, “¡LA HORA DE LA MUERTE EN LA CRUZ!”, “¡MADRE: LLEGÓ LA HORA!”, y la Virgen María se estremeció en su cuerpo y se estremeció en su alma.

Dice el P. La Palma, contemplando este solemne momento que: «Viendo, la Virgen a su Hijo de pie, con el sosiego y la mesura que lo caracterizaba, encendido el rostro del grande fervor de su abrasada caridad, puesto delante con el amor y reverencia que tal Hijo debía a tal Madre, le dijo: “Señora no vengo a decirte algo que no sabes, sino **a despedirme para lo que ya sabes...** dame, Señora, tu permiso, tu mano y tu bendición”».

Sigue reflexionando el Padre: «¡Qué **lágrimas** tan sosegadas correrían por aquel rostro de la Virgen! ¡Qué **corazón** tan atravesado de dolor, y tan constante y valiente para **obedecer** y **conformarse** con lo que Dios disponía! ¡Qué **caridad** tan abrasada para ofrecer el Hijo que tanto quería, por la gloria de Dios y la salvación de los hombres!».

Y, el P. La Palma piensa que la Virgen Madre, respondió: «“Tu Padre, Hijo mío, te de la bendición desde el cielo”, agregando: “He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según su voluntad”».

El poeta Lope de Vega en los versos: «*Al despedimiento de Cristo*» describe el momento:

*Tiernamente se despiden;
tanto, que en solo mirarse
parece que entre los dos
se está repartiendo el cáliz.*

Y, pone en boca de Jesús estas palabras que dirige a su Madre:

*Dulcísima Madre mía,
vos y yo dolor tan grande*

*dos veces lo padecemos,
pues lo padecemos antes
Con vos quedo aunque me voy,
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.*

Es evidente que **también Jesús lloró**, si el Señor se enterneció y lloró cuando vio llorar a Marta y a María por la muerte de Lázaro, cuánto más se conmovió y lloró en este último adiós viendo llorar a su Madre querida.

No había más nada que decir, solo había espacio para el **silencio**, un último abrazo y se **arrancaría** el Hijo de su Madre, mientras Ella lo seguiría con los ojos hasta perderlo de vista.

¿Y nosotros? ¿Y nosotros que tenemos que hacer? Debemos **estimar** la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, cuánto han sufrido por nosotros, y por esto, al mismo tiempo debemos ser muy **agradecidos** con la Virgen que nos dio a su Hijo para padecer y morir por cada uno de nosotros, cómo no crecer en el **amor** a Ella, que tanto nos amó y nos ama desde el cielo.

Pidamos a Nuestra Señora de los Dolores, que nos conceda la gracia de no ser olvidadizos ni ingratos a tanto amor manifestado por Jesús y por Ella, que tengamos siempre en el corazón la Sagrada Pasión de Cristo y los dolores de Nuestra Madre la Virgen.

Se lo pedimos con algunos versos del hermoso himno «*Stabat Mater*»:

*Santa Madre esto te pido
que se imprima en mi sentido
la dolorosa pasión,
que conmigo dividida
la lleve toda la vida
dentro de mi corazón.*

D. Cuarto dolor: *El encuentro de María con Jesús camino del Calvario*

Seguimos reflexionando sobre los dolores padecidos por la Virgen. Ahora vamos a considerar el **cuarto dolor**, es decir: «El encuentro de María con Jesús camino del Calvario».

1. *María sufre en la misma medida de su amor*

Dice San Bernardino que, para tener una idea del gran dolor de María al perder a su Hijo por la muerte, es necesario **meditar sobre el amor** de esta Madre al Hijo.

Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos, por eso, una de las definiciones de Madre, si es que “*madre*” se pudiera definir, es: «*la madre es el espejo del alma del hijo*», es decir, si el hijo está alegre, también la madre estará alegre; si el hijo está preocupado, la madre también estará preocupada, y, si el hijo está triste, la madre también estará triste.

Un ejemplo bíblico sobre lo dicho, lo encontramos en la Cananea, aquella mujer que, acudió al Señor para pedirle un milagro, pedía que por favor librara a su hija que estaba poseída por el demonio, pero también, le decía que tuviera piedad de ella, su madre (**Mt 15, 22**), suplicaba la Cananea: «*Ten piedad de mí, Señor, hijo de David, pues mi hija es atormentada por un demonio*». Pidió por la hija y pidió por ella misma porque estaba totalmente identificada con los dolores de su hija, como si dijera: “Ten piedad de mí Señor, que soy su madre”.

Pero ¿qué madre en el mundo amó tanto a su hijo como María amó a Jesús? Era Jesús su Hijo único, su Hijo criado con tantos esfuerzos y tantos sufrimientos; Hijo amadísimo por la Madre y la Madre amadísima por el Hijo.

Hijo que al mismo tiempo era su **Hijo** y su **Dios**.

Hijo que vino al mundo para **encender las almas en el amor a Dios**, como el mismo Jesús dijo (**Lc 12, 49**): «*Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué quiero, sino que ya esté ardiendo?*». Por lo cual, con cuántas **llamaradas de amor** habrá encendido el corazón de su Madre santísima, siendo el corazón de la Virgen el más puro y el más vacío de todo afecto mundano.

La misma Virgen María dijo a Santa Brígida que su corazón **era uno** con el de su Hijo por el amor. Aquella **mezcla** de esclava y madre, y de Hijo y Dios, levantó en el corazón de María un incendio de amor compuesto de mil hogueras. Pero todo este incendio de amor, en las horas de la Pasión, al mismo tiempo, se convirtió en un **mar de dolor**.

San Bernardino decía al meditar este misterio: «Si se juntaran de una vez todos los dolores del mundo, **no serían tan intensos** como el dolor de la gloriosa Virgen María en los días de la Pasión».

Y, así es en verdad, porque esta Madre, como escribe San Lorenzo Justiniano, **cuanto más tiernamente amó, tanto más profundo fue su dolor**. Lo mismo que se ha dicho de Jesús: «*más amó que padeció*», lo mismo se puede decir de su Madre la Virgen María, Ella también: «*más amó que padeció*». Porque, con cuanta más ternura amó a Jesús, tanto **mayor dolor** sintió al verlo partir, y de manera especial cuando **se encontró** con su Hijo Jesús que, ya condenado a muerte, iba con la cruz subiendo al monte Calvario.

2. María en la despedida a Jesús

Reveló la Virgen a Santa Brígida que cuando se acercaba el tiempo de la Pasión, sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas pensando en el amado Hijo que iba a perder en esta tierra, y que tenía un sudor frío por el **temor** que la invadía al pensar en el próximo espectáculo tan cercano y tan lleno de dolor.

Considerando lo que la Virgen María hizo la noche del Jueves Santo San Buenaventura, le hablaba así a la Virgen: «Sin dormir pasaste esa noche, y mientras los demás dormían tú permaneciste en vela.» Y, agregaba: «Llegada la mañana venían los discípulos de Jesucristo a esta afligida Madre, quién a traerle una noticia y quién otra, pero **todas de dolor**, cumpliéndose en ella el texto de Jeremías (**Lm 1, 2**): *“Llora que llora por la noche y las lágrimas surcan sus mejillas; no hay uno que la consuele de todos los que la quieren”*».

Y, así, un apóstol venía a referirle la traición y desesperación de Judas, otro cómo arrestaron a Jesús en Getsemaní, otro los malos tratos cometidos contra su Hijo durante la parodia de juicio y como le dejaron preso durante toda la noche en la casa de Caifás, otro le refería los desprecios que le hizo Herodes, otro la flagelación y otro la coronación de espinas, sufrimientos padecidos bajo Poncio Pilato.

Hasta que finalmente llegó el Apóstol San Juan y le anunció que Pilato, por cobardía, y sobre todo con gran injusticia, lo había **condenado** al terrible suplicio de la Cruz. Pilato fue un juez inicuo, porque si bien no sabía que condenaba a muerte a un Dios hecho hombre, sí sabía que **condenaba a muerte a un inocente**, porque tres veces reconoció que Jesús era inocente y que nada malo había hecho.

Escribe San Alfonso que el apóstol San Juan fue hasta donde se encontraba la Virgen María y le avisó: «Oh, Madre dolorosa, tu Hijo Jesús ya ha sido **sentenciado a muerte** y ya ha salido llevando Él mismo la cruz camino del Calvario»; como dice en su Evangelio (**Jn 19, 17**): *«Y llevando la cruz salió hacia el lugar que llaman Calvario»*; Y, luego sugirió a la Virgen Madre: «ven, si quieres verlo y darle el último adiós en el camino por donde va a pasar».

Y, en ese mismo instante partieron la Virgen María y San Juan, y por **las huellas de sangre** que veían por las calles, advirtieron que ya había pasado por allí Jesús con la cruz a cuestas. La misma Virgen se le reveló a Santa Brígida: *«Por las huellas conocí por dónde había pasado mi Hijo, pues la tierra aparecía ensangrentada»*.

Exclamaba San Bernardo: «la más afligida de las madres va al encuentro del más afligido de los hijos».

Entonces, se adelantaron con el apóstol hasta un lugar por donde seguro tenía que pasar Jesús, y allí esperó María, fue una espera dolorosa, y, sobre todo, humillante, porque: ¡cuántos escarnios, cuántas burlas, cuántos insultos, cuántas groserías, cuántas malas palabras! tuvo que oír la Virgen de parte de los judíos, insultos que iban dirigidos contra su Hijo, al que trataban de malhechor, de blasfemo, de impostor, de loco, de borracho, de ignorante, de poseído, insultos llenos de odio contra su Hijo, pero también, insultos contra Ella misma por ser la madre de Jesús de Nazaret, el condenado a muerte de Cruz.

3. *María presencia el paso de Jesús*

Mientras esperaba en medio de los insultos, comienza a acercarse el cortejo que conducía a Jesús hasta el lugar de la crucifixión, en primer lugar, iba el pregonero con la tablilla llevando el título de la condena, sea para escarnio del condenado, como para lección de la gente, es decir, se trataba del título de la cruz, que estaba escrito en hebreo, latín y griego, para que todos entendieran el motivo de la condena, aunque en el caso de Jesús, fue más **burla** que otra cosa...: «*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*», la iniciales del INRI que aparece sobre los crucifijos.

Luego iban pasando los instrumentos, es decir, los clavos y el martillo; y más atrás el condenado a muerte.

Al pasar Jesús, la Virgen María alzó los ojos y ¿qué vio?

- Vio a un joven cubierto de sangre de pies a cabeza, todo su cuerpo triturado con azotes, toda su túnica bañada de sangre,

- con una corona de espinas sobre su cabeza, con su rostro desfigurado por las bofetadas, los puñetazos, los moretones, la barba arrancada. El más bello de los hombres, con rostro el afeado, cubierto de sangre, de polvo y de repugnantes escupidas, y cargando sobre sus espaldas con una pesada cruz;

- lo contempló y casi no lo conoció, dijo entonces con Isaías (**Is 53, 2**): «*No tenía apariencia ni presencia*», y recordó el Salmo 21 que reza: «*Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme se burlan de mí...*».

Sí, porque los hinchazones, las moraduras, los salivazos, la sangre coagulada y las heridas abiertas lo hacían **semejante a un leproso**, de modo tal que Jesús estaba **irreconocible**, tal cual lo había profetizado Isaías (**Is 53, 2-3**): «*No hay en él parecer, no hay hermosura para que le miremos, ni apariencia para que en él nos complazcamos. Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, y como uno ante el cual se da vuelta el rostro, menospreciado sin que le tengamos en cuenta*».

Entonces, como dice San Pedro de Alcántara: «¿Qué lucha se entabló entre el **amor** y el **temor** en el corazón de María! Por una parte, deseaba verlo; más, por otra, le daba temor ver al Hijo de sus entrañas, ahora tan destrozado». Pero, al fin, el amor se hizo reconocer; y una vez que lo hubo conocido, se miraron.

La Madre miró al Hijo y el Hijo, apartándose de los ojos un grumo de sangre que le impedía la visión, como le fue revelado a Santa Brígida, miró a su Madre. Y sus miradas, al cruzarse, fueron **miradas llenas de dolor**, fueron como otras tantas flechas que traspasaron aquellas dos almas enamoradas.

Margarita, hija de Santo Tomás Moro, cuando vio que su padre iba hacia la muerte, no pudo decir más que: «¡Padre, padre!», y cayó desmayada a sus pies.

La Virgen María, cuando vio a su Hijo que iba hacia el Calvario; **no se desvaneció**, ¡NO!, porque la Madre de Dios no podía perder el uso de la razón; **ni murió**, pues Dios la reservaba para un dolor mayor; pero si bien no murió, sí que sufrió, y sufrió **un dolor capaz de causar mil muertes**.

Quería la Virgen abrazarlo, como dice San Anselmo, pero los verdugos injuriándola, la apartaron, y, al mismo tiempo seguían empujando al Señor, para que continuara su camino; y desde entonces María lo siguió de cerca.

En la contemplación de esta espada de dolor San Alfonso le dice estas palabras a la Virgen: «Virgen santa, ¿a dónde vas? ¿Al Calvario? ¿Te atreverás a ver colgado de la cruz al que es tu vida?».

San Lorenzo Justiniano piensa que Jesús le dijo a la Virgen: «Oh Madre mía, detente: ¿a dónde quieres ir? Si vienes conmigo serás atormentada con mi dolor y yo con el tuyo».

Pero, a pesar de que ver morir a Jesús le ha de costar **un dolor indecible**, la amante María no quiere dejarlo. El Hijo va delante, y la Madre detrás, pero va **junto** a Jesús para ser con Él crucificada. Dice un autor antiguo: «La Madre también llevaba su cruz y lo seguía para ser crucificada con Él».

Comenta San Juan Crisóstomo:

- «Hasta de las fieras nos compadecemos. Si viéramos a una leona que va detrás de su cachorro que lo llevan a matar, daría compasión.
- ¿Y no nos dará compasión ver a María junto a su Cordero inmaculado que es llevado a la muerte?
- Tengamos compasión de Ella y procuremos acompañarla junto a su Hijo;
- también nosotros, llevando con paciencia, cada uno la propia cruz que nos manda el Señor».

Se preguntaba el Crisóstomo: «¿Por qué Jesucristo quiso estar solo en los demás sufrimientos y en cambio, al llevar la cruz, quiso ser ayudado por el Cireneo?». Y respondía: «Para que comprendas que la cruz de Cristo no te sirve de nada **sin la tuya**. No basta para salvarte la sola cruz de Jesús si no llevas con resignación la tuya hasta la muerte».

Que Nuestra Señora de los Dolores, nos conceda la fortaleza y la humildad para seguir a Jesús con la cruz, a pesar de que los demás nos griten y nos señalen con el dedo, como hicieron con Jesús y con María en el encuentro que tuvieron camino al Calvario. Se lo pedimos con algunos versos del «Stabat Mater»:

*Que con sus llagas me llague
que con su sangre me embriague
para alejarme del vicio,
y me libre de las llamas
por ti, por lo que tu clamas,
en el gran día del juicio.*

Bendita sea la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.